

torno a la techumbre corría una balaustrada que sostenía, de trecho en trecho, unos jarrones sobre los cuales flameaban llamas de piedra. Y allá en lo alto, entre los tragaluces de los desvanes, que aparecían en el increíble barullo de frutas y de hojarascas, se desplegaban las partes principales de aquella sorprendente decoración, los frontones de los pabellones, en medio de los cuales volvían a aparecer las grandes mujeres desnudas, en diversas actitudes, jugando con manzanas entre haces de juncos. El techo, recargado con tantos ornamentos y recargado todavía con cresterías de plomo recortadas, con dos pararrayos y con cuatro enormes chimeneas simétricas, esculpidas como lo demás, parecía ser el ramillete final de aquel fuego artificial de arquitectura.

Veíase a la derecha un gran invernadero adosado al mismo hotel y que comunicaba con la planta baja por la puerta-ventana de un salón. El jardín, separado del parque de Monceaux por una verja baja disimulada por un vallado, tenía una pendiente bastante sensible. Demasiado reducido para el hotel, tan pequeño que un pradecillo de césped y alguno que otro grupo de verdes árboles bastaban para llenarlo, no era sencillamente más que un cerrillo, como un pedestal de verdura, sobre el que se erguía altanero el hotel en traje de gala. Al contemplarlo desde el parque, por encima de aquel recostado césped, de aquellos arbustos cuyo barnizado follaje relucía, aquel grande edificio, nuevo aun y de palidez mate, tenía la indefinida apariencia, la importancia adinerada y estúpida del advenedizo, con su pesada cubierta de pizarra, con sus barandas doradas y sus chorreteadas de esculturas. Era como una miniatura del Nuevo Louvre, uno de los modelos más característicos del estilo

Napoleón III, el más bastardo y opulento de todos los estilos. En las tardes de verano, cuando el sol iluminaba con sus oblicuos rayos el dorado de aquellos barandales sobre la blanca fachada, los paseantes del parque se detenían para mirar los cortinones de seda colorada que pendían en las ventanas del entresuelo; y, a través de los cristales, que tan anchos y tan claros parecían, como los de los escaparates de los grandes almacenes modernos, allí colocados para ostentar por de fuera la fastuosidad del interior, aquellas familias de modestos burgueses distinguían rincones de mobiliario, trozos de esplendentes tejidos, pedazos de techos de deslumbradora riqueza, cuya vista les mantenía llenos de admiración y de envidia en plena avenida.

Pero en aquella hora las sombras se desprendían de los árboles, la fachada dormía. Al lado opuesto, en el patio, el lacayo, con todo respeto, había ayudado a Renata a bajar del coche. Las caballerizas con sus aristas de rojos ladrillos, abrían a la derecha sus anchas puertas de barnizado roble, en el fondo de un cobertizo acristalado. A la izquierda, como para hacer juego, se veía, adosado a la pared de la casa vecina, una gran hornacina, con profusión de adornos, en la cual caía perpetuamente una cascada de agua de una concha que sostenía dos Amores con los brazos extendidos.

La joven permaneció un instante al pie de la escalinata, para dar ligeros golpecitos a sus faldas, que no querían bajar. Una vez que cesó el ruido del carruaje, en el patio volvieron a reinar la soledad, el aristocrático silencio, interrumpido tan sólo por la eterna cantilena de la cascada. En la negra masa del hotel, en donde, para el primero de los grandes banquetes de otoño, iban sin tardanza a encenderse las arañas, las

ventanas bajas del edificio, solitarias aun, resplandecían como ascuas de oro, iluminando el pavimento del patio, en el mayor orden y limpio como un tablero de damas, con vivas claridades de incendio.

Al empujar Renata la puerta del vestíbulo, se tropezó con el ayuda de cámara de su esposo, que bajaba a las dependencias con un jarro de plata. Aquel hombre, vestido rigurosamente de negro, era de aventajada estatura, fornido, de blanco rostro con las correctas patillas de un diplomático inglés y con el aspecto grave y digno de un magistrado.

—Bautista—le preguntó la joven,—¿ha vuelto el señor?

—Sí, señora, se está vistiendo—contestó el ayuda de cámara con inclinación de cabeza que le habría envidiado un príncipe al saludar a la multitud.

Renata subió poco a poco la escalera, quitándose los guantes.

El vestíbulo era también lujoso en extremo. Al entrar sentíase un ligero malestar de sofocación las mullidas alfombras que cubrían el pavimento y las escaleras, los holgados tapices de terciopelo rojo que cubrían las paredes y las puertas, impregnaban el ambiente de inalterable silencio, de tibio y suave perfume de capilla. Los cortinones caían desde la altura, y el techo, muy elevado estaba adornado con rosetones de relieve, fijos sobre un enrejado de varillas doradas. La escalera, cuya doble balaustrada de blanco mármol ostentaba un pasamano de rojo terciopelo, se dividía en dos ramales ligeramente curvos, y entre los cuales se veía en el fondo la puerta del gran salón. En la primera meseta, un inmenso espejo ocupaba toda la pared. Abajo, al pie de los ramales de la escalera, sobre

zócalos de mármol, había sendas mujeres de bronce dorado, desnudas hasta la cintura, sosteniendo grandes candelabros de cinco mecheros, cuyo brillante resplandor quedaba atenuado por globos de cristal mate. A ambos lados ostentábanse admirables jarrones de mayólica, en los que florecían exóticas y raras plantas.

Renata subía, y, en cada escalón su figura se agrandaba en el espejo; y se preguntaba, con la duda que asalta a las actrices más aplaudidas, si era en realidad tan hermosa, como se le decía.

Después, cuando se halló en su habitación, sita en el primer piso y cuyas ventanas tenían vista al parque de Monceaux, llamó a Celeste, su doncella, y se mandó vestir para el banquete. Empleóse en aquella operación hora y cuarto bien larga. Tan luego como quedó clavado el último alfiler, como hiciese gran calor en la estancia, abrió una de las ventanas, apoyó los codos en el alféizar y se olvidó de todo. Detrás de ella, Celeste iba de acá para allá discretamente poniendo en orden, uno por uno, los objetos del tocado.

Allá en lo hondo, en el parque, se extendía un inmenso mar de sombra. Las negras masas de los espesos follajes, agitadas por bruseas ráfagas, determinaban un amplio balanceo de flujo y reflujo, con el murmullo de hojas secas que recuerdan el romper de las olas contra una playa de guijarros. A veces, en aquel remolino de tinieblas, distinguíanse tan sólo los dos ojos amarillos de algún coche que parecía y desaparecía entre los macizos, a lo largo de la grande avenida que va desde la de la Reina Hortensia al bulevar de Malesherbes. Renata, en presencia de aquellas melancolías del otoño, sintió que todas sus tristezas le subían al corazón. Hacía

memoria de cuando era niña en casa de su padre, en aquel silencioso hotel de la isla de San Luis, en donde, desde hacía dos siglos, los Béraud Du Chatel habían exhibido su severa gravedad de magistrados. Pensó después en su matrimonio, en aquel viudo que se había vendido al casarse con ella, trocando su nombre de Rougon con el de Saccard, cuyas dos secas sílabas habían resonado las primeras veces en sus oídos con la brutalidad de dos paletas recogiendo oro; hizose dueño de ella para lanzarla hasta el extremo en aquella vida en que su pobre cabeza se desconcertaba un tanto cada día. Púsose a pensar, después, con pueril alegría, en las agradables partidas de raqueta que, en tiempos pasados, sostenía con su hermanita Cristina. Y llegaría una mañana en que se despertaría del ensueño de goces en que nadaba desde hacía diez años, loca, manchada por alguna de las torpes especulaciones de su marido, en la que él mismo se ahogaría. Esto fué como un rápido presentimiento. Hasta los árboles parecían lamentarse en más alta voz. Renata, turbada con aquellos pensamientos de vergüenza y de castigo, cedió a instintos de honrada burguesa que dormían en su interior; prometió a la negra noche que se enmendaría, que no gastaría tanto en su tocado, que buscaría algún inocente juego que pudiese distraerla como en los días felices de colegio, cuando las educandas cantaban. *Ya no iremos al bosque*, dando despaciosas vueltas bajo los plátanos.

En aquel instante Celeste, que había bajado, volvió y dijo por lo bajo al oído de su señora:

—El señor ruega a la señora que baje. Hay ya muchas personas en el salón.

Renata se estremeció. No había sentido el penetrante frío que helaba sus hombros. Al pa-

sar por delante del espejo, detúvose y se miró con movimiento maquinal. Sonrióse involuntariamente y bajó.

En efecto, casi todos los convidados habían llegado ya. Estaba allí su hermana Cristina, joven de veintiséis años, sencillamente vestida de muselina blanca; su tía Isabel, viuda de Aubertot, de raso negro, era una viejecita de sesenta años, de exquisita amabilidad; la hermana de su marido, Sidonia Rougon, mujer flaca, empalagosa, de edad problemática, con rostro de cera blanda, cuya palidez resaltaba aún más con su traje de marchito color; hallábanse allí también los Mareuil; el padre, el señor de Mareuil, que acababa de quitarse el luto de su mujer, buen mozo, bueno, serio, que tenía notable semejanza con el lacayo Bautista, y su hija, aquella pobre Luisa, como se la llamaba, niña de diez y siete años, raquílica, un tanto cargada de espaldas, que llevaba con maldita la gracia un traje de seda blanco con pintas coloradas; veíase también allí todo un grupo de hombres graves, personas archi-condecoradas, señores de empleos oficiales, con semblantes pálidos y de muda expresión, y más allá otro grupo de jóvenes de vicioso aspecto, con el chaleco descotado, rodeando a cinco o seis damas de la mayor elegancia, entre las cuales sobresalían las inseparables, la marquesita de Espanet, vestida de amarillo, y la rubia señora de Haffner de violeta. El señor de Mussy, aquel caballero a cuyo saludo no había contestado Renata, hallábase también allí, con el inquieto rostro del amante que ve venir la despedida. Y en medio de aquel lujo y de las colas que se arrastraban por las alfombras, veíanse dos contratistas, dos albañiles enriquecidos, Mignon y Charrier con los cuales Saccard, al día siguiente, había de dar cima a un

negocio que paseaban rudamente sus recias botas con las manos a la espalda y reventando en sus negros trajes.

Aristides Saccard, en pie junto a la puerta, al par que peroraba ante el grupo de los hombres graves con su voz nasal y su verborrea meridional, no le faltaba medio para saludar a cuantas personas iban llegando; estrechábales la mano y les dirigía las palabras más cariñosas y corteses. De mezquina estatura, de canijo rostro, se doblaba como un polichinela; y de toda su persona cenceña, sagaz y negruzca, lo que mejor se destacaba era la mancha roja de la cruz de la Legión de honor, que llevaba muy ancha.

Cuando entró Renata oyóse un murmullo de admiración. Estaba lo que se llamaba encantadora. Sobre una falda de tul, guarnecida por detrás con multitud de volantes, lucía una túnica de raso verde claro, orlada con valiosísimos encajes de Inglaterra, levantada y sujeta con hermosos ramos de violetas; un sólo volante guarnecía la delantera de la falda, en la cual nuevos ramos de violetas, cogidos con guirnalda de hiedras, sostenían ligeros adornos de muselina; el donaire de la cabeza y el corpiño eran por demás encantadores, por encima de aquellas faldas de regia amplitud y de riqueza un tanto exagerada. Descotada hasta el nacimiento del seno, con los brazos desnudos y adornados con ramos de violetas en los hombros, la joven parecía salir por completo desnuda de su envoltura de tul y seda, a la manera de una de esas ninfas, cuyo busto se desprende de las sagradas encinas, y su alabastrino seno, su cuerpo flexible, sentíanse tan satisfechos en aquella especie de semilibertad, que las miradas esperaban ver cómo poco a poco, corpiño y faldas se deslizaban, co-

mo el vestido de una bañista, orgullosa con sus encantos. El alto peinado, la finísima y rubia cabellera anudada en forma de casco y por la que se extendía una rama de hiedra, contenida por un nudo de violetas, aumentaba aún su desnudez, dejando al descubierto su nuca, ligeramente sombreada con ensortijados cabellos semejantes a hilillos de oro. Llevaba en la garganta un collar de piedras preciosas de admirables aguas, y en la frente una piocha compuesta de hojuelas de plata salpicadas de diamantes.

Detúvose unos instantes en el umbral, de pie, con su esplendoroso atavío, con los hombros atornasolados en aquella claridad resplandeciente. Como había bajado con tanta precipitación, sentía la respiración algo agitada, y sus ojos, que la obscuridad del parque de Monceaux habían llenado la sombra, parpadeaban ante aquella brusca oleada de luz, transmitiéndole aquel vacilante mirar de los miopes, que en ella resultaba un encanto.

Al distinguirla, la marquesita se levantó en seguida, corrió hacia ella y le apretó ambas manos; y sin dejar de examinarla de pies a cabeza, murmuraba con aflautada voz:

—¡Ah! ¡qué hermosa estás, qué hermosa!

Entre tanto, prodújose un gran movimiento, pues todos los convidados se dirigieron a saludar a la hermosa señora de Saccard, como se llamaba a Renata en la distinguida sociedad; ella, por su parte, estrechó la mano a casi todos los invitados. Luego fué a buscar a Cristina y a pedirle noticias de su papá, quien jamás se presentaba en el hotel del parque de Monceaux. Y permaneció en pie, risueña, saludando siempre con la cabeza, ante el círculo de señoras que se fijaban con curiosidad en el collar y en la piocha.

La rubia señora de Haffner no pudo resistir a la tentación; así fué que se acercó para contemplar un buen rato las joyas, y dijo con celoso acento:

—Son el collar y la piocha, ¿verdad?

Renata hizo una señal afirmativa. Entonces todas las mujeres se deshicieron en elogios; las alhajas eran encantadoras, divinas; después, como por la mano, pusieron a hablar con admiración rebotante de envidia de la almoneda de Laura de Aurigny, en la que Saccard las había comprado para su esposa; quejábanse de que esa clase de mujeres arramblaban con las cosas más bellas y de que antes de mucho no habría diamantes para las mujeres honradas. Y, en medio de sus declaraciones, bien se transparentaba el deseo de sentir sobre su desnudo cutis una de aquellas joyas que París entero había visto en los hombros de una impura ilustre, y que les contaría tal vez al oído los escándalos de las alcobas, donde se detenían con tanta complacencia sus ensueños de grandes señoras. Estaban bien enteradas de los fabulosos precios, y citaron un soberbio chal de cachemira y de encajes magníficos. La piocha había costado quince mil francos y el collar cincuenta mil. La señora de Espanet estaba entusiasmada con aquellas sumas; llamó a Saccard y le dijo:

—Venga usted a que se le felicite. Esto se llama un buen marido.

Aristides Saccard se acercó, inclinóse e hizo-se el modesto; pero su semblante gesticulador ocultaba la satisfacción más viva. Y miraba al propio tiempo con el rabillo del ojo a los dos contratistas, a los dos albañiles enriquecidos, plantados a algunos pasos de allí, que escuchaban sonar las cantidades de quince mil y de cincuenta mil francos con visible respeto.

En aquel momento Máximo, que acababa de entrar, admirablemente vestido de etiqueta, se apoyó con familiaridad en el hombro de su padre y le habló en voz queda, como a un camarada, señalándole a los contratistas con una mirada. Saccard le contestó con la discreta sonrisa del actor aplaudido.

Todavía acudieron algunos convidados. Lo menos había una treintena de personas en el salón. Las conversaciones se reanudaron; durante los instantes de silencio, percibíanse, detrás de las paredes, ligeros ruidos de vajilla y de cubiertos de plata. Por último, Bautista abrió una puerta de doble hoja y dijo la frase sacramental de:

—La comida está servida.

Entonces, con toda quietud, dió principio el desfile. Saccard dió el brazo a la marquesita; Renata tomó el de un anciano caballero, senador, el barón Gourand, ante el cual todo el mundo doblaba el espinazo con excesiva humildad. Máximo no tuvo más remedio que ofrecer su brazo a Luisa de Mareuil; los demás comensales seguían su procesión y a la cola andaban los dos contratistas, con los brazos colgando.

El comedor era una inmensa pieza cuadrada, cuyas ensambladuras, de peral pintado de negro, y barnizado, llegaban a la altura de un hombre, estaban adornados con delgados filetes de oro. Los cuatro grandes testers se habían dispuesto de manera que pudiesen dar cabida a cuadros de naturaleza muerta; pero habían quedado vacíos, porque sin duda el dueño del hotel había retrocedido ante un gasto meramente artístico; por esto se les había sencillamente cubierto con terciopelo verde oscuro. Los muebles, las cortinas y las antepuertas, de la misma tela, comunicaban a la habitación un carácter so-

brio y grave, bien calculado para concentrar sobre la mesa todos los esplendores de la luz.

Y, efectivamente, en aquella hora, en medio de la ancha alfombra persa, de tinte sombrío, que ahogaba el ruido de los pasos, bajo la excesiva claridad de la araña, la mesa, rodeada de sillas, cuyos respaldos negros con filetes dorados la ceñían con sombría línea, se asemejaba a un altar, a una capilla ardiente, en que, sobre la deslumbradora blancura del mantel ardían los claros resplandores de la cristalería y de los objetos de plata. Más allá de los esculpados respaldos, en la flotante obscuridad, gracias que se distinguiesen las ensambladuras de las paredes, un gran aparador y los cortinones de terciopelo que arrastraban. Quieras que no, las miradas se convertían de nuevo a la mesa, que las dejaba deslumbradas. Un admirable centro de mesa de plata mate, cuyas cinceladuras brillaban, ocupaba el medio de la mesa; componíanlo una banda de faunos robando ninfas; y en lo alto del grupo, surgiendo de un ancho caracol de mar, veíase un enorme ramillete de flores naturales cayendo en racimos. A ambos extremos de la mesa ostentábanse también lujosos búcaros, conteniendo asimismo haces de flores; dos candelabros, formando juego en el grupo del centro, figurando sátiros corriendo, llevando en uno de sus brazos una mujer desmayada y en el otro un tetero de diez luces, agregaban el resplandor de sus bujías a la irradiación de la araña central. Entre aquellas piezas principales, las estufillas, grandes y pequeñas, hallábanse alineadas simétricamente, cargadas con el primer servicio, flaqueadas por conchas llenas de entremeses, separadas por canastillas de porcelana, por vasos de cristal, por platos llanos, por colmadas compoteras, conteniendo la parte del pos-

tre que ya figuraba en la mesa. A lo largo de la hilera de platos, el ejército de los vasos, las jarras de agua y de vinos, los diminutos saleros, toda la cristalería del servicio era delgadísimo y tan ligera como la muselina, sin la menor cinceladura, y tan transparente que no proyectaba la menor sombra. Y el centro de mesa, las grandes piezas parecían otras tantas fuentes de fuego; vivos relámpagos parecían correr por los pulidos flancos de las estufillas; los trinchantes, las cucharas, los cuchillos con puños de nácar, parecían despedir llamas; multitud de arco-iris iluminaban los vasos; y en medio de aquella lluvia de centellas, en aquel conjunto incandescente, las cristalinas jarras de vino teñían de rojo el deslumbrante mantel.

Al penetrar en el comedor, los convidados que sonreían a las damas que llevaban del brazo, dieron a sus semblantes una expresión de beatitud discreta. Las flores difundían la frescura en el ambiente tibio. Ligeras nubecillas de humo se esparecían por la atmósfera, mezcladas al perfume de las rosas; mas lo que allí dominaba era el penetrante olor de los cangrejos y el agrio de los limones.

Cuando cada comensal hubo dado con su nombre, escrito al dorso de la minuta de la comida, dejóse oír un ruido de sillas y un gran crujir de las faldas de seda, los hombros desnudos, sembrados de diamantes, al lado de los negros trajes de los caballeros que hacían destacar la palidez, agregaron sus blancuras lechosas a la irradiación de la mesa.

Dió principio el servicio en medio de las sonrisitas cambiadas entre los vecinos, en un semisilencio no interrumpido aún sino por el confuso ruido de las cucharas. Bautista desempeñaba las funciones de maestresala con sus graves ac-

titudes de diplomático; tenía a sus órdenes, a más de los dos lacayos, cuatro criados que reclutaba tan sólo para las grandes comidas. A cada plato que presentaba y que iba a trinchar en el fondo del comedor, sobre una mesa de servicio, tres sirvientes daban muy despacio la vuelta a la mesa, con un plato en la mano, ofreciendo por su nombre a media voz, los manjares a los convidados. Los otros escanciaban los vinos y cuidaban del pan y de las botellas. Los segundos cubiertos y demás platos iban y venían lentamente, sin que por ellos las risitas de las damas se destacasen más.

Los comensales eran sobrado numerosos para que la conversación pudiese fácilmente hacerse general. No obstante, en el segundo servicio, cuando los asados y los entremeses hubieron ocupado el lugar de los "relevés" y de las entradas y que los exquisitos vinos de Borgoña, el Pomard, el Chambertin, sucedieron al Léoville y al Chateau-Lafitte, el rumor de las voces tomó incremento y las careajadas hacían resonar los ligeros cristales.

Renata, en el centro de la mesa, tenía a su derecha al barón Gourand, y a su izquierda al señor Toutin-Laroche, antiguo fabricante de bujías, a la sazón consejero municipal, director del Crédito Vitícola, miembro del consejo de vigilancia de la Sociedad general de los puertos de Marruecos, hombre flacucho y de importancia, y a quien Saccard, colocado enfrente, entre las señoras de Espanet y de Haffner, llamaba con voz aduladora, tan pronto: "Mi querido colega", como "Nuestro gran administrador". Venían después los hombres políticos: el señor Hupel de la Noue, prefecto que pasaba ocho meses del año en París; tres diputados, entre los cuales el señor Haffner ostentaba su amplio rostro al-

saciano; luego el señor de Saffre, joven encantador, secretario de un ministro; el señor Michelin, jefe del negociado de la inspección de caminos; y otros empleados de superior categoría. El señor de Mareuil, candidato perpetuo a la diputación, se encontraba frontero al prefecto, al que parecía mirar con cariño. Por lo que toca al señor de Espanet, éste no acompañaba nunca a su mujer en sociedad. Las señoras pertenecientes a la familia estaban colocadas entre los más notables de aquellos personajes. No obstante, Saccard había hecho una excepción de su hermana Sidonia, poniéndola más lejos, entre ambos contratistas, el señor Charrier a la derecha y el señor Mignon a la izquierda, como en un puesto de confianza donde se trata de vencer. La señora de Michelin, la esposa del jefe de negociado, una linda morenita, regordeta, se encontraba al lado del señor de Saffré, con quien hablaba vivamente en voz baja. Por último, a los dos extremos de la mesa, se hallaba la juventud, auditores en el consejo de Estado, hijos de padres poderosos, pequeños millonarios en ciernes, el señor de Mussy, que dirigía a Renata miradas de desesperación, Máximo, teniendo a su derecha a Luisa de Mareuil, y cuya vecina parecía querer hacer su conquista. Poco a poco habíanse puesto a reír en alta voz y de la mejor gana. De allí fué de donde partieron las primeras careajadas de alegría.

En esto, el señor Hupel de la Noue preguntó con galantería:

—¿Tendremos el placer de ver a su excelencia esta noche?

—Creo que no—contestó Saccard con aire de importancia, que ocultaba secreta contrariedad.

—¡Está mi hermano tan ocupado!... Nos ha

mandado a su secretario, el señor de Saffré, para decirnos que le dispensemos.

El joven secretario, a quien la señora de Michelin monopolizaba visiblemente, alzó la cabeza al pronunciar su nombre, y exclamó, saliera lo que saliera, creyendo que se habían dirigido a él:

—Sí, sí, debe tener lugar una reunión de ministros a las nueve en casa del guardasellos.

Durante este tiempo, el señor Toutin-Laroche, a quien se había interrumpido, prosiguió gravemente, como si estuviese perorando en medio del atento silencio del consejo municipal.

—Los resultados son soberbios. Este empréstito de la ciudad quedará como una de las más hermosas operaciones financieras de la época actual. ¡Ah, señores míos!...

Pero aquí su voz se vió de nuevo apagada por las risas que estallaban en uno de los extremos de la mesa. Oíase, en medio de aquellas ráfagas de alegría, la voz de Máximo, que daba fin a una anécdota: “Esperen ustedes, que no he concluido. La pobre mujer fué levantada por un peón caminero. Dícese que le está haciendo dar una brillante educación para casarse con él más adelante. No quiere que hombre alguno, a no ser su marido, pueda vanagloriarse de haber visto cierta señal negra que tiene más arriba de la rodilla”. Las risas estallaron de nuevo a más y mejor, y Luisa se reía a rienda suelta, en tono más elevado que los hombres. Y en esto, con mucho cuidado, en medio de las risas, y como si fuese sordo, un criado metía, entre uno y otro convidado, su cabeza grave y pálida para ofrecer en voz queda agujetas de pato silvestre.

Aristides Saccard llevó a mal la escasa atención que se concedía al señor Toutin-Laroche.

Y repuso, para demostrarle que había escuchado:

—El empréstito de la ciudad...

Pero el señor Toutin-Laroche no era hombre a propósito para perder el hilo de una idea.

—¡Ah, señores!— prosiguió cuando las risas se hubieron apaciguado,—el día de ayer fué un consuelo imperecedero para nosotros, cuya administración está siendo el blanco de innobles ataques. Acúsase al consejo de llevar a la ciudad a su ruina, y, ya lo veis, desde el punto y hora en que la ciudad abre un empréstito, todo el mundo acude con su dinero, hasta los que más gritan.

—Ustedes han hecho milagros—dijo Saccard.—París se ha convertido en la capital del mundo.

—Sí, es en verdad prodigioso—interrumpió el señor Hupel de la Noue.—Figúrense ustedes que yo, que soy un viejo parisiense, casi ya no conozco a París. Ayer me perdí al ir desde el Ayuntamiento al Luxemburgo. ¡Es prodigioso, prodigioso!

Hubo un rato de silencio; y ahora todos los hombres graves fijaban la atención.

—La transformación de París—continuó el señor Toutin-Laroche,—será la gloria del reinado. El pueblo es ingrato: debería de besar los pies del emperador. Esta mañana decía yo en el Consejo: “Señores, dejemos que se despachen a su gusto esos vocingleros de la oposición: volver de arriba abajo a París es fertilizarlo”.

Saccard sonrió cerrando los ojos para saborear mejor la delicadeza de la frase. Inclínose por detrás de la espalda de la señora de Espanet, y dijo al señor Hupel de la Noue, bastante alto para que fuese oído:

—Tiene un talento asombroso.



Desde que se estaba hablando de las obras de París, el señor Charrier alargaba el cuello, como si quisiese echar su cuarto a espadas en la conversación. Su asociado Mignon no se ocupaba más que de madama Sidonia, que le daba mucho que hacer. Saccard, desde el principio de la cena, vigilaba de soslayo a los contratistas.

—¡La administración — dijo, — ha encontrado tantas abnegaciones! Todo el mundo ha querido contribuir a la grande obra. A no ser por las acaudaladas compañías que han acudido en su ayuda, la ciudad no habría podido obrar nunca tan bien ni tan pronto.

Y volviéndose, agregó con una especie de tosquedad lisonjera:

—Los señores Mignon y Charrier saben de ello lo bastante, ya que, si bien han tenido su parte de trabajo, tendrán también su parte de gloria.

Los albañiles enriquecidos recibieron con arrobamiento aquella frase en mitad del corazón. Mignon, a quien madama Sidonia decía haciendo arrumacos: "Ah, señor, usted me lisonjea, no, el color de rosa sería demasiado llamativo para mí...", la dejó en medio de la frase, para contestar a Saccard:

—Usted es demasiado bueno: ya hemos sabido hacer nuestro negocio.

Pero Charrier estaba más desbastado. Dió fin a su vaso de Pomard y encontró la manera de hacer una frase:

—Los trabajos de París — dijo, — han hecho que viva el obrero.

—Diga usted también — repuso el señor Toufin-Laroche, — que han dado un soberbio impulso a los negocios financieros e industriales.

—Y no hay que olvidar el lado artístico; las nuevas vías son majestuosas — agregó el señor

Hupel de la Noue, quien se preciaba de ser hombre de buen gusto.

—Sí, sí, es un trabajo exquisito — murmuró el señor de Mareuil, por decir algo.

—En cuanto al gasto — declaró gravemente el diputado Haffner, que no abría la boca sino en las grandes ocasiones, — nuestros hijos lo pagarán, y nada será más justo.

Y como al decir esto miraba al señor de Saffré, con quien la linda señora de Michelin parecía estar de monos, desde hacía un instante, el joven secretario, para dar a entender que estaba al corriente de lo que se decía, repitió:

—Nada será más justo, en efecto.

Todo el mundo había echado a volar su frase, en el grupo que los hombres graves formaban en el centro de la mesa. El señor Michelin, el jefe de negociado, se sonreía y movía la cabeza; por regla general, éste era su modo de tomar parte en una conversación; tenía sonrisas para saludar, para responder, para aprobar, para dar gracias, para despedirse, toda una linda colección de sonrisas, que le dispensaban casi siempre de tener que servirse de la palabra, lo que tenía sin duda por más fino y más favorable para sus progresos.

Otro personaje, por igual manera, había permanecido sin decir esta boca es mía: el barón Gourand, quien mascaba lentamente como un buey de pesados párpados. Hasta entonces había parecido absorto en el espectáculo de su plato. Renata, que con él tenía ligeras atenciones, no obtenía en recompensa sino gruñidos de satisfacción. Así fué que causó la mayor sorpresa al verle levantar la cabeza y oírle decir, limpiándose los grasientos labios:

—Por mi parte, yo, que soy propietario, cuan-

30846

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

do mando reparar y decorar nuevamente una habitación, aumento el precio del alquiler.

La frase del señor Haffner: "Nuestros hijos pagarán", había conseguido despertar al senador. Todos batieron palmas discretamente, y el señor de Saffré exclamó:

—¡Ah! ¡delicioso, encantador! mañana haré que reproduzcan la frase en los periódicos.

—Tenéis mucha razón, señores míos, vivimos en el mejor de los tiempos—dijo el señor Mignon, como para concluir, en medio de las sonrisas y de las admiraciones que la frase del barón excitaba.—Más de uno conozco yo que ha sabido redondear su fortuna. No hay más, cuando se gana dinero, todo resulta de color de rosa.

Estas últimas palabras helaron a los hombres graves. La conversación decayó visiblemente, y todos parecían que evitaban mirar a su vecino. La frase del albañil alcanzaba a aquellos señores de medio a medio. Michelin, que precisamente contemplaba a Saccard con rostro agradable, retiró su sonrisa, espantadísimo, por haber parecido un instante que aplicaba las palabras del contratista al dueño de la casa. Este lanzó una mirada a la señora Sidonia, quien monopolizó de nuevo a Mignon, diciendo: "Conque a usted le gusta el color de rosa, caballero..." En seguida Saccard dió una expresiva enhorabuena a la señora de Espanet; su rostro negrozco, desmirriado, tocaba casi los blancos hombros de la joven, quien se echaba atrás con ligeras sonrisitas.

Hallábanse ya en los postres. Los criados iban en torno de la mesa con paso más acelerado. Hubo un instante de suspensión, durante el cual el mantel acabó de colmarse de frutas y de dulces. En uno de los extremos, en el lado en que

se hallaba Máximo, las risas subían cada vez más de punto; oíase la agrídulce voz de Luisa, que decía: "Yo aseguro a ustedes que Silvia llevaba un vestido de raso azul en su papel de Dindonette; y otra voz de muchacho, agregaba: "Sí, pero el vestido estaba guarnecido de encajes blancos".

Hacia un calor insoportable. Los semblantes, más colorados, se hallaban como enervados por bienandanza interna. Los criados dieron vuelta a la mesa escanciando alicante y tokai.

Desde los comienzos de la comida, Renata parecía distraída. Cumplía sus deberes de señora de la casa con sonrisa maquinal. A cada estallido de alegría que llegaba del extremo de la mesa, en donde Máximo y Luisa, uno al lado del otro, bromeaban como buenos amigos, ella lanzaba hacia aquel lado una mirada resplandeciente. Se aburría, los hombres graves la ponían de mal talante. La señora de Espanet y la señora Haffner le lanzaban miradas de desesperación.

—¿Y cómo se presentan las nuevas elecciones?—preguntó de repente Saccard al señor Hupel de la Noue.

—Muy bien, no hay que decirlo—contestó éste sonriendo;—sólo que por mi parte no tengo aún candidatos designados para mi departamento. El ministro vacila, a lo que parece.

El señor de Mareuil, quien, con una mirada, había dado las gracias a Saccard por haber suscitado esta conversación, parecía hallarse sobre ascuas. Púsose ligeramente colorado, e hizo un saludo con encogimiento, cuando el prefecto, dirigiéndose a él, continuó:

—Mucho se me ha hablado de usted en el país, caballero. Las inmensas propiedades de usted le crean numerosos amigos, y todo el mun-